

## ¿ES LA DEMOCRACIA AJENA AL SER DE LA IGLESIA?

*Ist Demokratie der Kirche wesensfremd?*, Stimmen der Zeit 213 (1995) 721-722

Como fundada por Dios, no podría la Iglesia determinar por sí misma su constitución. Esta le viene dada de antemano. De ahí su diferencia fundamental de todas las formas de organización estatales y sociales, las cuales, por tanto, nunca podrían trasponerse a la Iglesia. Así reza una tesis fundamental que fija unos límites estrechos a todos los intentos de modificar las estructuras de la Iglesia. La incompatibilidad se refiere, ante todo, a la democracia. Pues no es el pueblo, sino Dios el que rige la Iglesia. Y los constituidos en autoridad han de responder, no ante el pueblo, sino ante Dios, de quien han recibido su autoridad.

Esta presentación, así tan marcada, de la peculiaridad constitucional de la Iglesia respecto al Estado no deja de ser de fecha relativamente reciente. Surge en el siglo XIX. Pero se extiende tan rápidamente que pronto se convierte en la doctrina dominante, que se manifestó, ante todo, en los debates del Concilio Vaticano I sobre el primado y la infalibilidad del papa.

Los participantes en el Concilio ya no eran conscientes de que, todavía unos decenios antes, se había concebido a la Iglesia por analogía con las instituciones profanas, o sea, justamente a la inversa. El Cardenal Belarmino (1542-1261), el principal teólogo de su tiempo, formuló así esa opinión dominante, a lo más tardar, desde la alta edad media: "No hay duda: nuestro Redentor, Jesucristo, podía y quería dirigir su Iglesia según las formas de gobierno mejores y más apropiadas a su fin". Por consiguiente, lo que constituye la mejor estructura para el Estado, vale también para la Iglesia. De las tres formas clásicas de Estado -monarquía, aristocracia y democracia-, para Belarmino, la mejor es la monarquía. Y, para probarlo, no aduce argumentos teológicos, sino políticos y sociales: la monarquía es la que mejor salvaguarda la unidad, la estabilidad y la permanencia histórica. Tales reflexiones estaban totalmente condicionadas por su tiempo. Prueba de ello es que hoy podríamos afirmar a la inversa: dado que la democracia es la mejor o, al menos, la menos mala de las formas del Estado, la Iglesia debería ser democrática.

Pese al principio de que las formas mundanas de gobierno no pueden trasplantarse a la Iglesia, el Vaticano I no titubeó en asumir elementos esenciales del absolutismo: el Papa es

considerado como supremo soberano, que está por encima del derecho eclesiástico y que, en sus decisiones, no está obligado a contar con ningún tipo de derechos de corresponsabilidad o de aprobación de otras instancias. Y también los argumentos para esto eran, en gran parte, de índole pragmática: sólo semejante poder central soberano podría adoptar rápida y eficazmente las necesarias decisiones en medio de las convulsiones de la época.

Resulta, pues, claro que, por más que uno tenga en alta estima el principio de la incompatibilidad, no es posible eludir la relación y los intercambios con el desarrollo de

las estructuras profanas. Tampoco es de maravillar. Pues son sólo pocos los elementos estructurales que en el NT se le proporcionan a la Iglesia. Entre ellos y en primer lugar el hecho de que todo ministerio eclesial es un ministerio espiritual que tiene su fundamento en la misión por parte de Cristo. Luego viene la forma concreta que sólo históricamente va evolucionando al compás de las formas profanas. La percepción de esa realidad fue ciertamente difícil y laboriosa. Prueba de ello es que hubo que esperar alrededor del año 600 para que prosperase el término *jerarquía*, que significa "origen o autoridad sagrada" y que designa el carácter sagrado de los ministerios eclesiales, para forjar un sistema concreto de autoridad y subordinación en la Iglesia. Juntamente este sistema fue elevado al rango de principio inmutable, a pesar de estar muy condicionado por su tiempo, y la democracia pasó falsamente a ser un concepto antagónico al de jerarquía y con ello algo ajeno al ser de la Iglesia.

Naturalmente, no se trata de convertir a la Iglesia en una sociedad democratizada. Tampoco en los primeros siglos hubo una plena coincidencia con las monarquías dominantes. Pero sí que encontramos en los Estados democráticos de derecho numerosos elementos que tienen en el Evangelio un más sólido fundamento que el absolutismo todavía dominante. De una forma muy distinta a como lo es toda sociedad profana, la Iglesia constituye una comunidad de hermanos y hermanas, en la que no juegan ningún papel las diferencias de origen, sexo o posición social. Esta igualdad de todos ante Dios, que tiene su base en el bautismo, debería encontrar también su expresión en las estructuras. Las modernas democracias proporcionan una serie de formas y mecanismos para lograrlo. Y la Iglesia, sin menoscabo de su ser, podría asumírselos de la forma que le corresponda, como se apropió, sin mayor preocupación, elementos de otras formas de gobierno. Ni la participación en el poder ni su control, como tampoco la participación de los interesados en las decisiones, contradicen las normas que nos proporciona el NT. La estructura sinodal de los primeros siglos con su principio de toma común de decisiones muestra que lo que hoy resulta lleno de sentido fue ya un tiempo praxis vivida en la Iglesia.

A pesar de los profundos cambios que se han producido en la vida de los seres humanos, en su forma de pensar y de sentir, se aferra la Iglesia al modelo del Estado autoritario y exige, como éste, de sus miembros la mentalidad de los subordinados, que son objeto únicamente de dirección y enseñanza. Este es el motivo esencial de la crisis de confianza, a la que precisamente sus órganos de dirección están expuestos. El remedio no lleva simplemente la etiqueta de "democratización". Pero sí serían imprescindibles unas pruebas, que deberían alcanzar las mismas estructuras, que hiciesen creíble el hecho de que la democracia no es ajena al ser de la Iglesia.

**Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA**